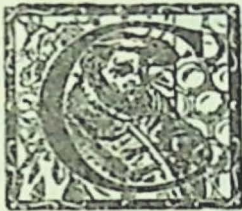


Raúl Silva Castro

Mariano Latorre en mis recuerdos



UANDO yo estaba muy niño y comenzaba a interesarme en los libros, cayó en mis manos uno titulado *Cuentos del Maule*, que firmaba Mariano Latorre. Durante varios años lo ignoré todo del autor. Sólo a la aparición de *Zurzulita* pude darme cuenta de que el mismo Latorre que firmaba aquél era el firmante de éste, escritor vivo pues a quien podría encontrarme algún día en la calle. Y le encontré. Mariano Latorre en esos años era un mancebo de buena estatura, delgado, de carne muy blanca y de pelo ondeado y rubio, que dejaba flotar descuidadamente por la cabeza y aun por la frente. Lo que en cambio cuidaba con no poco esmero era el bigote, ancho y largo, en contraste con las mejillas hundidas y que acompañaba muy bien con la frente ancha y despejada. Los ojos eran reidores. De color indefinible, claros como la yerba mate, parpadeaba menuda y rápidamente, como si al hablar fuera preciso cerrarlos antes de emitir ciertas sílabas.

Primero lo encontré, al paso, en la oficina de la Biblioteca Nacional, en la que él compartía funciones con otros dos escritores, Miguel Luis Rocuant y Fernando Santiván. Y como yo algunas veces fuera a ese recinto para copiar en la máquina que Santiván nos facilitaba, ligeras producciones que Federico Gana tenía intención de colocar en la prensa, algunas veces también hube de presentarme a Latorre, explicarle a qué iba y obtener, sin mucha discusión por cier-

to, que pudiera yo hacer uso de la famosa máquina. Gana conversaba largo y tendido con él. Uno estaba melancólico y un tanto maltrecho por los años, tosía estrepitosamente y daba la impresión de chico castigado. El otro, lleno de entusiasmo y de vigor, hablaba en voz más alta y pretendía piadosamente convencer a Gana de que todas las puertas estaban para él abiertas y de que nada podía ensombrecer su porvenir. Terminados aquellos trabajitos, dejé de ver a Gana y por consiguiente a Latorre.

Andando el tiempo volvimos a encontrarnos.

Fuimos amigos de corrillo. Durante algunos años nos reuníamos en la puerta de la Librería Francesa, ubicada entonces en la calle Huérfanos al llegar a la esquina de Estado. Una tertulia sin cumplimientos, en la cual se podía permanecer tanto dos minutos como media hora. Se hablaba de *omni re scibili*, pero, como es presumible, particularmente de libros y de autores. Latorre los conocía a todos, y de cada uno podía decir cuál era su lado flaco. No alababa con frecuencia, pero en cambio, se entusiasmaba siempre con el libro reciente y con el autor nuevo. En cada volumen que salía con un nombre antes no usado, creía ver revelaciones sorprendentes, y en el acto auguraba al escritor la más meteórica carrera. Mostraba, al mismo tiempo, cierto escepticismo por los autores ya consagrados, de quienes parecía creer que no eran capaces de producir nada nuevo, nada sorprendente. El amor a la novedad, que no dejó pasar a su propio estilo, era la inclinación más saliente de su espíritu en esos años.

También fuimos amigos de mesa. Con mucha frecuencia la tertulia se iba deslizando hacia una pensión en la cual dieran succulentos tallarines, o a casa del Pelado Román, en donde se comía a la francesa algún plato selecto, bien condimentado y bien regado. Latorre sentíase de tanto en tanto *gourmet*, y le brillaban los ojos cuando veía aparecer en manos del mozo el plato fuerte del almuerzo, el que había sido hecho preparar después de muchas vacilaciones y muchos gritos de los comensales, que deseaban introducir modificaciones no pocas veces incompatibles con la receta original. Y allí, como en la tertulia, se hablaba de todo, se peroraba y se ejercía aquella audaz

camaradería en que cuantos participamos terminábamos por ser más o menos expertos.

Latorre era el más fácil de los comensales. Siempre se le veía dispuesto a *dîner en ville* y no tenía gustos exclusivos en materia de comida. Le gustaban tanto los platos alemanes como los españoles, y entre el arroz a la valenciana y el pernil con *chucrut* no había otro problema sino elegir el sitio más próximo para encontrarlo.

La franqueza y la libertad de juicio de aquellos días juveniles no tenían límites. Latorre pontificaba su poco, pero sabía escuchar. Se sonrojaba algo cuando iba a dar su opinión, sobre todo si era disidente, pero en seguida, pasado el inicial sonrojo, seguía hablando como si el asunto propuesto fuese el más familiar para él. A cuantos le oíamos nos sorprendía siempre no poco con nombres nuevos de autores nórdicos, suizos, norteamericanos, que se había dado maña para leer entre los cuadernos de tareas de los alumnos y sin perjuicio de seguir su propia literatura. Y de ésta era de lo que menos hablaba. De creer a las apariencias, habríase jurado entonces que Mariano era simplemente profesor, atento a la regularidad de sus clases, y en literatura, sólo amante de los libros nuevos. Obvio es decir que sus lecturas eran de novelas y de cuentos y, de vez en cuando, ensayos sobre la profesión de escritor y algunos temas similares. Fuera de ello, aun cuando bien informado siempre, sabía poco, sea por falta de curiosidad, sea porque temiera prodigarse.

Y siendo nuestra musa la libertad más perfecta de opinión y de crítica, nos decíamos franquezas rudas que estaban a veces a punto de enemistarnos, salvo que el buen carácter de Mariano endulzaba las asperezas, aun cuando no hubiesen sido producidas por él mismo. El discutir a gritos, el arrebatarse la palabra, el opinar con vehemencia, nos parecían a todas condiciones propias de la comida y aun coadyuvantes de la buena digestión. Y cuando ya estábamos ahitos de arroz, de carne, de tallarines, de humo de cigarrillos y hasta del vinazo con que se acompañaban las sesiones, nos despedíamos para el día siguiente.

A riesgo de olvidar a algunos de los buenos amigos de aquellas horas, conviene recordar que solían pasar por esas peñas Luis Durand,

Ricardo Latcham, Luis Toro Ramallo, Luis Enrique Délano, Ramón Valenzuela, Armando Donoso, Juan Uribe, David Rojas González, Fernando Santiván, Lisandro Santelices, Roberto Meza Fuentes, Eugenio Orrego Vicuña, Isaac Echegaray, Raúl Cuevas, Alberto Romero, Carlos Préndez Saldías, Alejandro Baeza, Domingo Melfi, Jenaro Prieto. No todos hacían la misma vida que he descrito, pero con asomarse sólo nos dejaban sentir la emanación de su amistad, y a veces nos permitían seguir la conversación sobre sus obras y sus actos, cosas que siempre agradecen los discutidores que éramos entonces.

Más adelante pude ser también su editor. Cuando tuve a mi cargo la dirección de la revista *Atenea*, conseguí de Mariano Latorre colaboración especial para ella, y así nacieron *El zapatero de Llali* y otros cuentos que según creo saber, fueron escritos por esos mismos días, a medida de la ocasión editorial que se había ofrecido al autor. Elevé grandemente el precio de las colaboraciones, y merced a este pequeño truco, que la dirección financiera de la Universidad de Concepción bien pudo considerar lesiva a sus intereses. . . , aspiraba a que *Atenea* fuera el mejor muestrario de la literatura chilena del día. Y como yo en mi calidad de editor literario era muy exigente de la pulcritud de los originales, para evitar las vacilaciones de cajistas y correctores de pruebas y sobre todo para ofrecer al lector una versión fiel y seria del material entregado, no pocas veces hube de discutir con Mariano acerca de sus escritos, cuando en las copias se habían deslizado especies erróneas. El buen carácter de que ya hablé se manifestaba también en esta parte de su trato. Aceptaba de buena gana todas las sugerencias, y agradecía las enmendaturas por poco que se le probara su ventaja para aumentar la claridad de lo que había querido expresar. Creo por eso que si alguien le hubiese dicho a tiempo a Mariano que su *Literatura de Chile* contenía errores, se habría esmerado en corregirlos. Pero fué al revés. Mi artículo de censura a ese libro llegó a sus manos cuando ya no había salida decorosa, y desde entonces hubo de defender lo que había publicado como si fuera invariable. Sé que, en cambio, haciendo broma, cosa que era muy de su agrado, alguna vez dijo a Juan Uribe que la segunda edición de su *Literatura* iba a salir muy enmen-

dada gracias a mi colaboración en ella. La verdad es que no hubo segunda edición, y que ambos quedamos en esta materia en riberas opuestas.

Y es que dominaba poco la amplísima sucesión de hechos literarios a que se había propuesto pasar revista. La historia, por ejemplo, no le interesaba mayormente; poco había estudiado el periodismo, y de la poesía tenía la idea más infantil y aproximativa. Oyó decir alguna vez que en Chile había habido poesía pero no poetas, y esta fórmula breve para salir del paso le entusiasmó. La buena fortuna permitió a ciertos escritores chilenos dar ocasionalmente con algunos versos simpáticos, y al publicarlos se habría dicho de sus autores que eran otros tantos poetas. De allí, es decir, de esta visión tan desmedrada de la poesía chilena, nacieron la escasa mención de los poetas en aquel libro y el tono frecuentemente despectivo con que Latorre creyó conveniente referirse a éstos.

Andando el tiempo dejé de verle, y sobre todo de participar en el condumio bullicioso. El no cambió de hábitos, según supe por amigos comunes. Fuí yo quien, dejándome embargar por trabajos cada vez más premiosos, cesé de frecuentar la mesa de las opiniones libérrimas para enfrascarme en una rutina que me permitiría ir preparando la ejecución de antiguos proyectos. A la distancia nos reconocíamos como antiguos amigos, separados tal vez por algunos juicios extremadamente inconciliables. Muy poco antes de morir me envió recado con Manuel Vega, y era el recado tan simpático y halagador para mi amor propio de escritor y de periodista, que lo conservo como una prueba más de la hidalguía de su alma.

* * *

Después de leer, en la infancia literaria, los *Cuentos del Maule*, seguí la producción de Mariano a medida que se sucedían los títulos de sus nuevas obras. También procuré explorar sus orígenes. ¿Cuándo había comenzado a escribir? Nacido en 1886, tenía por lo tanto quince años de edad cuando envió sus primeros originales a la revista

Luz y Sombra, que se publicaba en Santiago. Usaba entonces el nombre completo, con los dos apellidos, que después simplificaría para dar a su literatura la firma eufórica y cabal de Mariano Latorre. Y así es como la revista santiaguina acogió aquella producción inicial no para publicarla sino para dar al autor un sabio consejo: "*Señor Mariano Latorre Court.*—Usted sabe que los pintores japoneses juzgan imprescindible para sus cuadros el riachuelo, la pagoda y el arbolito en punta; pues ustedes, los que no copian la naturaleza, ni se detienen jamás ante una puesta de sol y escriben de memoria con frases de cajón sus crepúsculos, creen que es preciso meter en él: el lago umbrío, las vaporosas sílfides, el brillante Febo, la casta Diana y los yermos campos y la cachimba del mono. Intente usted copiar la naturaleza, agradezca el consejo y si tiene talento ya verá usted qué cambio". (*Luz y Sombra*, Santiago, 19 de mayo de 1901).

Quien haya leído la literatura de Mariano y sepa con cuánta justicia por ella se le otorga el título de padre del criollismo, entenderá la fuerza que alcanzó el reproche de *Luz y Sombra* en el sensible escritor. No cabe duda que olvidó las sílfides con Febo y Diana, para dejar espacio en sus relatos a los hombres de su raza, a quienes había visto vivir a su lado.

Por su parte, el propio Mariano contó hace ya la friolera de cuarenta y tres años algo de lo que había ocurrido en su espíritu en la juventud, antes de que alboreara en él la intención de hacer criollismo. "Comencé por ser un lírico sentimental, enamorado más de los matices que de las cosas mismas: me exaltaba lleno de fuego ante el vuelo de un pájaro, el llamear del sol en los lagos, o la fresca sonrisa de una muchacha; esto hizo creer a varios de mis amigos, que más bien mi temperamento se elevaba a la poesía: en aquella época, florida juventud, leí mucho a los maestros de la novela, Balzac, Zolá, Pérez Galdós, Turguenev, y poco a poco se fué cristalizando en mí lo que yo creí mi tendencia, si es que la vida me permite seguir cultivando la literatura..."

Y perdonará el buen Daniel de la Vega que al resucitar el fragmento de aquella entrevista se pongan a la luz los muchos años que

lleva de brega literaria, honrada y pulcra hasta el extremo de que al recibir el Premio Nacional de Literatura todos asintieran y todos aplaudieran el fallo que coronaba su labor.

En la misma entrevista, publicada en "Zig-Zag", 28 de diciembre de 1912, asoma igualmente la nueva tarea que iba a echar sobre sus hombros Mariano Latorre: dar contenido nacional a la novela. "Pensé que la novela, según la frase de Balzac, es la historia de la vida privada de un pueblo; y que la vida, vista serenamente por una pupila equilibrada y evocadora debe pasar sin violencia a la realidad novelesca. En Chile sería este el papel del verdadero novelista, porque, en realidad, a excepción de algunas novelas de Blest Gana, nuestra vida permanece perfectamente ignorada: creo, sin exageración, que un verdadero novelista chileno no ha aparecido en este último tiempo".

Los *Cuentos del Maule*, que no he releído en estos días y que son el primer testimonio público del escritor ya formado, muestran un autor muy distinto del que puso en solfa la revista *Luz y Sombra*. Algunos años más tarde, y cuando Latorre preparaba su segunda salida literaria, las páginas de *Pacífico Magazine*, acogieron su colaboración. Pos esos mismos días un anónimo redactor de *Monos y Monadas* (noviembre 8 de 1915), haciendo referencia a la clave que se dijo existía en los *Cuentos del Maule*, le caracterizaba en estos cuatro versos:

*Fué escritor de los valientes,
sobresaliente en su rol,
y el que un día sacó al sol
las cosas de sus parientes.*

El determinismo familiar, que a veces resulta tiránico, influyó sin duda para ayudar a Latorre a que formara la impresión global de su país. Nació en Cobquecura, junto al océano, pero de chico vivió también en Constitución, Valparaíso, Parral y Talca. Y es aquí, en el liceo talquino, fecundado ya el espíritu por la visión de las cosas y ayudado el autor en la concepción literaria por las lecciones de sus

maestros, en donde comenzó a escribir. Poco después hizo viajes por su cuenta y procuró conocer toda la región central de Chile a la que, por inclinación vocacional espontánea, iba a prestar atención en sus libros. Cuando estábamos en las tertulias que he recordado antes, generalmente nos ganaba a todos en el conocimiento del país que revelaban sus palabras. Sus contertulios éramos más o menos sedentarios, y algunos jamás habíamos salido de nuestra ciudad natal, cuando ya Mariano contaba conocidos y amigos en sitios tan distantes como las islas de Chiloé y las rinconadas cordilleranas por donde se desliza el Maule. Pero no eran sólo seres humanos los que atraían su atención. En sus libros es fácil advertir el amor que aplicaba a considerar criaturas humildes, como perros, caballos, pumas y aun peces y aves. ¿No se llama *La isla de los pájaros* uno de sus últimos libros? Pues con el mismo interés que seguía las existencias de aquellos seres, deteníase a veces a estudiar los árboles y las rocas, después de haber extasiado la vista en la montaña y en el río. Toda una geografía descriptiva de los pequeños aspectos de la naturaleza chilena podríase formar extractando de las obras de Latorre los fragmentos adecuados. Sentidos ágiles y prontos, que le acompañaron felizmente hasta el día postrero de la vida, le iban a permitir sorprender en el aire los sonos distantes, el aroma de las flores y de las yerbas y los matices de la luz. Por ello, también, su conversación era amena y coloreada, vibradora y entusiasta.

Haciendo alusión a sus andanzas por tierra chilena, Latorre según *Bedel* ("La hora", 4 de agosto de 1935), habría dicho por esos días:

—Parece que ya conozco un poco a Chile...

"Sí; lo conoce —comentaba el crítico—; pero ha quedado atrás el hombre. Latorre no ha querido glosar sus propias cuitas. De cierta perspectiva vemos su perfil de hombre un poco por debajo de su gran obra de novelista. A la inversa de otros escritores (d'Annunzio, Proust), cuyas obras no son más que extractos en la profundidad mayor de la vida, la de Latorre cubre completamente al hombre y su vida, quedando éste y aquélla en misterio indescifrable. ¿Qué amores tuvo?

¿Qué influencias contaminaron su vida? ¿Cuál es su tragedia, la causa de su escritura, su complejo de escritor? Nadie lo sabe, nunca lo ha dicho. Latorre parece haber escondido desde un comienzo el secreto de su personalidad para poner en su obra sólo su pericia de artífice. Y así resulta toda ella muy objetiva, muy bien dibujada, muy acabada, pero exenta del cálido flujo íntimo que se ve en la de Lawrence o en la del americano José Eustasio Rivera. Es su manera de defenderse del ambiente”.

Nosotros no diríamos esto en son de reproche, si con ánimo de reprocharlo fué escrito. Diríamos más bien que Latorre, como todos los novelistas de veras, se ocultó detrás de sus personajes porque tenía la intuición de que a éstos debía aplicar ante todo la vista clara y la memoria feliz. Es a los demás, a sus sobrevivientes y amigos de ayer, a los contertulios de corrillo y de mesa, a quienes corresponde el deber de contar lo que recuerdan. Si cada uno de los testigos depone algo y cuenta lo que sabe, algo podremos reconstituir de la imagen del amigo que se fué. Es lo que hemos pretendido en estas líneas sin centro aparente.

Para nuestro recuerdo, Latorre se presenta como hombre de una sola pieza, literato y ser humano a la vez, porque en la charla suelta y sin fronteras de hace más de veinticinco años nos parece haber asistido al nacimiento de sus relatos. Estaba empapado de ellos, y le desbordaban a poco que se escarbara en el punto preciso, en la coyuntura en que se le iba a herir cariñosamente el afán de la confidencia. Y como había visto mucho y recordaba todo, su charla era encantadora y siempre, en algún grado, inquietante. A quienes le han enrostrado, poco antes de morir, el aspecto algo tieso de su literatura, y con ello restado vuelo al criollismo, les habría hecho bien pasarse algunas horas oyéndole divagar de sobremesa. Mascaba entonces literalmente el cigarrillo, cuyas hebras de tabaco terminaban por manchar sus labios, y contaba con el mismo arrebatado que luego veríamos transportado al libro.

Mariano había nacido para escribir novelas y cuentos, y dramas y poesías si se quiere; y en otro país menos afecto a exigir de los escri-

tores el que se dispersen en labores ajenas a su vocación, con aquellos frutos de su talento habría podido sostenerse holgadamente. En Chile no. Debía hacer clases, corregir los cuadernos de los alumnos, y cuando se elevó del liceo a la Universidad, guiar las memorias de los egresados. No era oficio para él, a pesar de que en las clases mismas subyugaba a los oyentes por la frescura de las evocaciones. A las ideas generales prefería los rasgos de vida, la palpitación humana, y siempre le entusiasmó el suelto vagar por el campo con la esperanza de sorprender el drama, siquiera minúsculo, que le permitiría emplear sus fuerzas literarias. Al tener al frente sus libros sorprende ciertamente el que haya debido poner tanta pausa entre uno y otro, por lo menos en la primera parte de su carrera; pero se entiende el fenómeno si se le evoca, como podemos hacer cuantos fuimos sus amigos, disperso entre los deberes que compartían sus horas y abreviaban el espacio dedicado a la meditación y sobre todo el tiempo concedido a la creación literaria misma. Desde este punto de vista es, como casi todos los escritores chilenos, un malogrado más, que se llevó a la tumba centenares de proyectos y aún de esbozos que balbuceaba a solas o confiaba a viejos cuadernos descabalados y sin guía, en donde habrá que echarse a nado para rescatar alguna perdida gema.